

## **¿Es posible la historia del presente? conceptos, debates y propuestas**

**Is the history of the present possible? Concepts, debates and proposals**

### **Resumen**

La Historia del Tiempo Presente (HTP) es un tipo de práctica historiográfica en construcción dentro de la disciplina que conocemos como Historia. Se analiza la trayectoria de la HTP a partir del reconocimiento de la historia contemporánea como periodo historiográfico, que responde a los cambios ocurridos después de la primera y segunda guerra mundial, así como por el desplazamiento a favor del saber científico producido en el siglo XX que conforma la visión moderna sobre las cosas y el universo, pero también a un cambio en el propio paradigma disciplinario de la historia que ahora permite abrir el debate del presente como un ámbito historiográfico susceptible al examen del historiador en colaboración con las ciencias sociales. Se incluye el caso de la historiografía mexicana contemporánea como caso de estudio.

**Palabras claves:** Historia del tiempo presente; Historia contemporánea; Historiografía.

### **Abstract**

The History of Present Time (HPT) is a type of historiographical practice under construction within the discipline we know as History. It shows the path taken by the HPT from the recognition of contemporary history as a historiographical period, which responds to the historical changes that occurred after the first and Second World War, as well as the displacement in favor of scientific knowledge produced in the century. XX that makes up the modern vision about things and the universe, but also to a change in the disciplinary paradigm of history that now allows opening the debate of the present as a historiographical field susceptible to the examination of the historian in collaboration with the social sciences. The case of contemporary Mexican historiography is included as a sample button.

**Keywords:** History of the Present Time; Contemporary History; Historiography

Fecha de recepción:

Fecha de aceptación: 18 de septiembre de 2019

## ¿Es posible la historia del presente? Conceptos, debates y propuestas

Is the history of the present possible? Concepts, debates and proposals

Martín López Ávalos\*

### Introducción

Como cualquier tipo de historiografía, la dedicada a la historia del tiempo presente corresponde a un modelo en construcción que debe abrirse paso para su reconocimiento entre la disciplina establecida. Este trabajo tiene como objetivo marcar algunas particularidades de este proceso, entendido como debate para mostrar el camino andado en su construcción, así como para trazar los pasos de su institucionalización. A diferencia de los estudios dedicados a la historia de la historiografía, centrados en los métodos propios de la disciplina como entidad aislada que produce sus propios resultados, nos interesa subrayar el paralelismo de lo ocurrido con la historia contemporánea para explicar el tránsito de la historia del tiempo presente (HTP) como una nueva forma de práctica disciplinaria. Este camino se cruza con la renovación de los modelos historiográficos que, a su vez, han de entenderse como un síntoma del cambio de época histórica que define y justifica a la historia contemporánea, y a partir de ella, la aparición del tiempo presente como una temporalidad historiográfica. La aceptación de la existencia de una etapa contemporánea del tiempo histórico, más ligado al presente que al pasado, facilitó en una primera instancia abrir nuevas posibilidades para el quehacer historiográfico, confinado hasta entonces al estudio del pasado como materia exclusiva, y posteriormente a empezar a definir la línea divisoria entre lo contemporáneo y lo presente.

Al mismo tiempo, su escritura, ha de entenderse en relación a una serie de las características del cambio de época anunciada hace un siglo, y que conforman a la historia contemporánea: la validación de una nueva teoría de la física elaborada por Einstein; el fin del primer periodo moderno con la primera guerra mundial, la crisis del capitalismo en 1929 y la segunda guerra mundial; incluso las consecuencias derivadas de este cambio, tales como la descolonización, la guerra fría y su conclusión, así como los problemas de desarrollo de los países emergentes y la aparición de la revolución tecnológica y científica, a la cual se le atribuye una “aceleración del tiempo social y humano”. El segundo vínculo lo podemos observar no sólo en la evolución de la disciplina histórica con la renovación que significó la escuela francesa de los *Annales*, sino también en su correspondencia con un conjunto más amplio, el de las ciencias sociales, a partir de la sociología histórica y el ascenso del marxismo como teoría social amoldada a los principios operativos de estas disciplinas.

Este ciclo corresponde con los extremos de la historia contemporánea como ejercicio historiográfico (1914-1989). Adelante, sin embargo, aparece un espacio inédito que según el “consenso historiográfico” y de las ciencias sociales es posible distinguir como un nuevo periodo histórico. Este espacio incumbe al presente. Así pues, la HTP se ha convertido en objeto

---

\* Centro de Estudios Históricos, El Colegio de Michoacán, A.C. México. E-mail: [mlopez@colmich.edu.mx](mailto:mlopez@colmich.edu.mx)

de estudio de la historiografía y de las ciencias sociales que disputaron las explicaciones sobre el pasado y el presente contemporáneo.

A partir de este marco general, el presente escrito se divide en dos partes y un colofón. La primera, está dedicada al reconocimiento de la existencia de una etapa contemporánea que nace con el siglo XX, producto de la nueva época que posibilita el ejercicio de una historiografía contemporánea. La segunda, se centra en el surgimiento del debate sobre las posibilidades y los límites de esa historiografía, y a partir de ella, la aparición de una nueva concepción del tiempo histórico asociado al presente como campo historiográfico. En ese sentido, observamos que la conformación de la HTP como práctica historiográfica –por medio del reconocimiento institucional como campo específico en la enseñanza y la investigación–, que se debate entre la continuidad del canon hegemónico disciplinario y la “ruptura” a través de la creación de uno nuevo, ajeno al pasado como objeto único e inmóvil, apelando a una nueva base del conocimiento, el presente, móvil y en construcción permanente, y si es posible, en colaboración interdisciplinaria con otras ciencias sociales. También se puede observar que no existe una práctica homogénea en este tipo de historiografía y que ésta depende en buena medida de las condiciones que ofrecen las sociedades que albergan su ejercicio, como se advierte en el colofón. De ese modo, resulta indispensable ofrecer una mirada específica a las comunidades locales de historiadores –o investigadores en general– que aspiran a convertir a la HTP en un campo específico de trabajo disciplinario.

### **La época moderna y la historia contemporánea**

Al iniciar una de sus conferencias dedicadas al “Círculo de Historia Reciente” en la Universidad de Oxford a mediados de la década de los cincuenta del siglo XX, el historiador inglés Geoffrey Barraclough (1976: 9) señalaba a su auditorio las diferencias entre el mundo vivido por la generación anterior y el que contemplaban en 1956. A continuación, se preguntaba cómo se habían operado esos cambios. En sus palabras: “¿Cuáles son las influencias formativas y las diferencias cualitativas que constituyen la nota característica de la edad contemporánea?” La reflexión del profesor Barraclough, si bien no era la primera en señalar la existencia de una etapa contemporánea de la historia, era pionera en otro sentido: siempre había existido la narración o relato de acontecimientos del presente y del pasado inmediato como ejercicio historiográfico, sin embargo, como narración de acontecimientos no era capaz de ofrecer explicaciones que dieran cuenta de “las fuerzas que actúan en el mundo de hoy día”. Ese matiz, visto con la perspectiva del caso, abre nuevas posibilidades para un ejercicio inédito en la historiografía en la medida que el historiador interesado en el nuevo periodo debe establecer los rasgos distintivos y los límites del mismo (Barraclough, 1976: 14). En primer lugar, cabe señalar los rasgos generales que inician este periodo y que posibilitan el desarrollo de las mismas “fuerzas” que hacen posible la mutación del presente para, en segundo lugar, volver al planteamiento de la contemporaneidad en los términos señalados anteriormente y que, de acuerdo con el planteamiento inicial del presente trabajo, hace posible presentar a la HTP.

Es necesario admitir que para aceptar la legitimidad de la historia contemporánea como espacio donde se desenvuelve una nueva época se requiere, a su vez, ampliar el marco de observación más allá de la historia de las ideas que conforman la práctica de la historiografía. El enfoque generalizado de los estudios de la historia de la historiografía, centrado en las normas del método, pasa por alto un contexto mayor, donde se desenvuelven todas las disciplinas que alcanzan el estatus de ciencia y que se van estructurando como carreras universitarias desde el siglo XIX, primero en Europa y posteriormente en el resto del mundo. En este espacio es donde los estudios disciplinarios deben relacionar los métodos para dar

cuenta de sus cambios y mutaciones producidas desde la construcción de la contemporaneidad hasta nuestros días.

Al tomar el marco normativo del profesor Barraclough, no desestimamos la discusión que ha existido para definir a la historia contemporánea como un periodo historiográfico orientado al trabajo del historiador.<sup>1</sup> Se trata de un concepto ambiguo en su naturaleza y por partida doble: primero, no es fácil definirlo como periodo dada la movilidad o corrimiento de la temporalidad misma y, segundo, es igual de complicado darle un contenido normativo, sobre todo si se lo identifica como el periodo más cercano de la historia moderna (Aróstegui, 2004: 31-44; Barraclough, 1976: 16-24)<sup>2</sup>. El reconocimiento y la aceptación de la existencia de un periodo histórico definido como *moderno* entre las ciencias humanas y sociales, para distinguirlo del periodo anterior, la edad media, que a su vez se diferencia de la edad antigua, forman parte de una trayectoria de construcción de del conocimiento disciplinario producto de la modernidad.

La aceptación de la historia como un proceso sucesivo, permitió admitir la noción de lo *moderno* como la culminación de la historia humana por representar otra idea medular aparejada con la misma, el *progreso*. *Modernidad* y *progreso* como signos de distinción de una nueva época fueron decisivos para darle la legitimidad a un periodo histórico producto de fuerzas de un tipo específico de sociedad (la moderna) cuyo rasgo característico fue incorporar al presente como un tiempo histórico, susceptible de ser estudiado con rigor, de acuerdo a las formas legitimadas de conocimiento que el mismo periodo fue engendrando. La conciencia histórica del presente es la expresión moderna por excelencia, que empieza a debatirse a partir del siglo XIX en tres ámbitos: la política, la economía y la producción de conocimiento. El primero tiene su punto culminante con el ciclo de revoluciones<sup>3</sup> que abren la independencia norteamericana en 1776 y la francesa de 1789, prosigue con las independencias hispanoamericanas y culmina con el nacionalismo como formato político de los movimientos emergentes que buscaban la creación de una identidad nacional. En el ámbito económico, la expansión del mercado liberal como modelo dominante para la producción y el intercambio económicos dan forma a la industrialización y a un nuevo colonialismo en África y Asia, que más adelante se define como imperialismo. En el ámbito de la producción de conocimiento se consolida el término de ciencia como el campo del saber legitimado por sus prácticas de comprobación empírica a partir de la búsqueda de leyes naturales universales aplicables a todo tiempo y espacio. La ciencia, actualmente es entendida como producto del mundo moderno.

La modernidad es un mundo distinto en cuanto a construcción sistemática de formas de conocimiento que le ofrezcan, tanto al individuo como a la sociedad, un sentido de diferenciación con respecto a la experiencia humana anterior. En este sentido, la universidad se

---

<sup>1</sup> Sobre este debate primigenio, véase Aróstegui (1998); Bédarida (1998); Cuesta Bustillo (1983); De Garay (2007); Sauvage (1998); Soto Gamboa (2004). Resaltamos el hecho de la naturaleza del trabajo historiográfico para la historia contemporánea: señalar cambios de épocas o periodos históricos a partir de develar los problemas propios del presente. Nos parece que esta distinción es la que priva para la HTP como justificación normativa cuando aparece como práctica historiográfica, derivada de la historia contemporánea y esgrimida como separación epistemológica del anterior modelo disciplinario.

<sup>2</sup> La cuestión se complica cuando este criterio deja de operar y se insiste en diferenciar la modernidad de la contemporaneidad, criterio donde coinciden los cultivadores de la historia contemporánea y los promotores de la HTP. A diferencia del estudio sobre otros periodos del pasado, la contemporaneidad no puede estar contenida en un periodo cerrado.

<sup>3</sup> El ciclo de revoluciones modernas las podemos clasificar, después del primer ciclo, como socialistas por la experiencia que deriva en la formación de la Unión Soviética tras la revolución de octubre en 1917; y en un tercer ciclo como nacionalistas poscoloniales, para incluir a las que se producen en el momento mismo de la descolonización de la guerra fría. 1989, por otra parte, cerraría el ciclo revolucionario cuando el Estado soviético se disuelve, con lo que entraña simbólicamente el fin de una contemporaneidad, pero abre una nueva.

transforma, pese a su génesis medieval, en el lugar institucionalizado y, por tanto, sancionado legítimamente como el espacio productor y reproductor de este conocimiento del mundo del presente. Las disciplinas que constituyen su estructura quedan establecidas para reproducir esa lógica que entraña a la sociedad moderna, de tal forma que las facultades y laboratorios de las universidades atestiguan el registro del progreso, en la medida que el conocimiento generado de esta manera valida la existencia del mismo<sup>4</sup>.

¿Por qué las fuerzas que forjaron la modernidad en el siglo XIX nos ayudan a explicar los cambios en la ciencia y las humanidades como campos de conocimiento? Como hemos señalado, la aventura del saber científico –sin importar su ámbito entre las ciencias de la naturaleza y sus contrapartes sociales– está en las entrañas de la dinámica misma del mundo moderno; la actividad científica de la historia y las ciencias sociales va registrando los cambios y las diferencias de un mundo en constante transición. Esta dinámica es lo que conocemos como *modernidad* o en términos historiográficos, historia contemporánea. Su reconocimiento como periodo histórico muestra la validez de esta aventura y, sobre todo, la jerarquía de estas fuerzas para moldear nuestra construcción del mundo en que vivimos o dejamos de vivir para encontrarnos con otro. Ha sido la evidencia científica –concebida como demanda social– lo que ha obligado al método historiográfico a revisarse una y otra vez, para “abrirse” (Wallerstein *dixit*) a lo “nuevo”, como veremos a continuación.

### **Horizontes sin expectativas ¿contemporaneidad sin modernidad?**

Generalmente, las crisis o los grandes cataclismos suelen operar como marcadores de los cambios de época. Sin dejar de estimar su importancia, el siglo XX empieza a mostrar una nueva forma de medir o hacer evidentes las transformaciones que definen una época de otra. Por primera vez, el mundo es explicado por los científicos en vez de los teólogos y filósofos en su calidad de sabios. En este sentido, actualmente existe un consenso mayor, tanto historiográfico como de las ciencias sociales, de poner mayor énfasis en este tipo de cambios y no en los parámetros de la política o la economía como se hace generalmente (Higgs, 2016: 21-39; Iggers, 2012; Johnson, 2000:13-69). El conocimiento científico, a partir de 1919, anuncia los cambios del porvenir, mientras la primera contemporaneidad (aunque muchos insistan en llamarla modernidad) llegaba a su fin con las consecuencias políticas de la Paz de Versalles. La nueva contemporaneidad abre un debate en varios frentes, donde percibimos el cambio de las jerarquías del conocimiento, ponderando a la ciencia como el principal producto de la nueva época dentro de un mundo conectado por la economía. Al mismo tiempo, se determina una declinación cultural del eurocentrismo que había dado vida a la expansión europea del periodo previo y que en buena medida ha configurado el conocimiento de las ciencias sociales.

Al igual que el siglo XIX, tanto la economía como el conocimiento científico dan las pautas a seguir. La idea de la contemporaneidad como un espacio en constante transición nos lleva a observar en estos dos ámbitos las fuerzas motrices del nuevo periodo. A partir de los cataclismos que Europa sufre tras la primera guerra mundial, el mundo es una realidad global por las relaciones establecidas entre las diversas economías locales y nacionales; ha sido la

---

<sup>4</sup> El conocimiento científico producido y reproducido en las universidades resulta modelo replicado en cada una de las disciplinas que componen el *corpus* universitario. Es decir, pese a la diferenciación de dos grandes campos (las ciencias de la naturaleza y las ciencias humanas) estamos ante un mismo modelo de generación del conocimiento. Para el caso que nos incumbe, la historia como campo del conocimiento moderno, desde el siglo XIX deriva su epistemología del modelo de ciencia en general. No hay razón para insistir en la dicotomía entre las humanidades y las ciencias, o en la imposibilidad de aplicar el enfoque científico a la historia. Al presentarse como una razón instrumental en la generación de conocimiento disciplinario, esta dicotomía lo único que ha logrado es alargar un debate que desde su origen no tenía mucho sentido como veremos más adelante.

economía de mercado liberal la que ha producido un salto cualitativo entre las relaciones internacionales. La expansión del capitalismo propicia que la crisis de una de sus partes tenga efectos en todas las demás. Ese efecto negativo fue la principal consecuencia de las condiciones de la Paz de Versalles sobre Alemania que termina por afectar al conjunto de la economía europea<sup>5</sup>.

La configuración geopolítica de esta posguerra es indicativa de este fenómeno. Al mismo tiempo que se eclipsan y emergen estados, hay un reordenamiento territorial que modifica fronteras y encuadra poblaciones, generando problemas a futuro, como la aparición de minorías étnicas en nuevos marcos nacionales. Si en el siglo XIX el nacionalismo aparece como un fenómeno que sintetiza las aspiraciones de poblaciones que no han llegado a la formación del Estado, durante el siglo XX, ese anhelo se actualiza a partir de la noción de “autodeterminación”, como categoría que apela a la soberanía de la nación y como tal, da forma a todos los movimientos políticos que emergen de la condición poscolonial de la primera guerra mundial en Europa y, a partir de ella, de las partes medulares de colonialismo decimonónico donde India sigue siendo la joya de la corona del espacio afroasiático que se conectan en las riberas del mar Índico. Esta segunda poscolonialidad nace en este momento, pero aparece como la realidad internacional de la segunda posguerra mundial.

Mediante esta breve síntesis, pretendemos apuntar que las características de la etapa contemporánea del siglo XX ya estaban presentes al finalizar la primera guerra mundial. Sin embargo, como desafío al porvenir, la posguerra fue encarada con los conceptos políticos del ciclo anterior, de tal manera que sus secuelas se develan tres décadas después al finalizar la segunda guerra mundial. Allí es donde cobra relevancia el mundo de la ciencia –y en particular la aparición de la teoría de la relatividad de Albert Einstein– pues modifica el paradigma prevaleciente de la física que termina por cuestionar la forma en que hasta entonces se había entendido la naturaleza de las cosas y el desarrollo del conocimiento. Lo que algunos llaman la “crisis de la modernidad” en realidad tiene que ver con la superación de las certezas científicas producidas en el ciclo anterior. Einstein demuestra que el movimiento y el espacio no son conceptos absolutos sino simples escalas de medición relativas<sup>6</sup>. Eso transforma la conciencia del tiempo, es decir, de la idea de contemporaneidad en nueva escala que no se había visto anteriormente en los ámbitos sociales y culturales. Así como la aparición de las vanguardias artísticas del siglo XX puede atribuirse (relativamente) a esta visión científica, no es descabellado plantearnos también el mismo efecto en los métodos de indagación que las disciplinas sociales mantenían como principios incólumes en su funcionamiento y presentación de resultados<sup>7</sup>.

---

<sup>5</sup> Sólo un joven economista inglés advierte lo inconveniente del proceso en el momento mismo que se llevan a cabo las negociaciones en Versalles. John Maynard Keynes señala que el enfoque de hacer pagar a Alemania por los costos de la guerra más que beneficiar una rápida recuperación hará todo lo contrario. Critica acremente la poca imaginación de los tomadores de decisión involucrados entre los países vencedores por insistir en una solución propia de potencias colonialistas del viejo estilo al compensar con tierra y población como forma de reparación por el daño sufrido por la guerra. La solución para un mundo integrado, advierte Keynes, no está en el reparto del botín colonial, sino en el fortalecimiento de las diversas economías nacionales conectadas una con otra por el intercambio comercial del mercado. Lejos de terminar con el orden colonial de potencias europeas en equilibrio del siglo XIX, la Paz de Versalles lo prolonga una generación más.

<sup>6</sup> La otra punta del arco lo representa la mecánica cuántica menos publicitada en este momento pero que contribuye a esta modificación de nuestra percepción de la naturaleza de las cosas.

<sup>7</sup> No pretendemos abonar el debate, de larga data, en torno al relativismo y sus conexiones con la filosofía, la lógica y la teoría del conocimiento con personajes y escuelas de pensamiento previos a la aparición de la teoría de la relatividad, así como los desencuentros de ésta con la mecánica cuántica. La naturaleza compleja del mismo rebasa por mucho los objetivos y aspiraciones de este trabajo, centrado en una práctica historiográfica específica, la de HTP. No intentamos atribuirle todas las innovaciones a la teoría de la relatividad, ni hacer más relativista a

Las consecuencias de la segunda guerra mundial han sido las referencias para marcar el inicio de un nuevo periodo contemporáneo, aún como prolongación de la primera guerra mundial, sus diferencias con ésta son notables. En primer lugar, el mundo deja de estar centrado en Europa y se convierte en una realidad internacional. La irrupción de un mundo no europeo, surgido de los márgenes coloniales previos es tal vez el rasgo más importante de su dinámica, más que la bipolaridad ideológica que representa el liberalismo y el socialismo. El mundo poscolonial articulado en la formación de los Países no Alineados se muestra mucho más relevante que las disputas de la guerra fría, al final de cuentas destinadas a una contención asumida por sus promotores, como sucede en la lucha por Berlín, la guerra de Corea, y la crisis de los misiles en Cuba. Los Países no Alineados representan el ejercicio de la autodeterminación establecida para el espacio europeo en primera instancia esbozada por la Paz de Versalles y posteriormente en la Carta del Atlántico que tanto Gran Bretaña como los Estados Unidos promueven previo a la contienda de 1939-1945. Al mismo tiempo, pone a prueba la validez universal de los valores del liberalismo para los pueblos y naciones no europeas al postular al desarrollo económico como el rasgo que define al Estado. La segunda poscolonialidad abarca varios continentes e involucra a por lo menos a la mitad de la población mundial y sus consecuencias están a la vista en este tiempo presente como una realidad evidente: el ascenso de China e India, por ejemplo, como engranes importantes de la nueva economía que despunta al terminar el conflicto bipolar en 1989.

El avance de la ciencia y la tecnología aplicada a la vida cotidiana del ser humano es el otro rasgo que caracteriza al nuevo periodo contemporáneo. La teoría general de la relatividad de Einstein, junto con los postulados de la mecánica cuántica, ofrecen nuevas rutas de investigación y aplicación de tal suerte que el conocimiento científico aparece como la mercancía más valiosa de la economía. El surgimiento de nuevos sectores o ramas de la economía contemporánea basados en la aplicación de este conocimiento, sustituyen la noción de industrialización como demostración de progreso. Este rasgo es el más llamativo del actual periodo contemporáneo junto con el fin de la dualidad ideológica que representó en el último siglo el liberalismo y el socialismo.

### **Historia del Tiempo Presente: entre el ejercicio disciplinario y el nuevo canon**

El término Historia del Tiempo presente (HTP) es acuñado en Francia a finales de la década de 1960 y principios de la de 1970 por un grupo de historiadores con la intención de diferenciarla de la historia contemporánea, en la medida que el corte de la contemporaneidad se iba abriendo cada vez más; ya se había pasado de la primera guerra mundial a la segunda para indicar su inicio. La iniciativa nace de la separación de la historia contemporánea, cultivada en el Institut d'Historie Moderne et Contemporaine, para dar respuesta al estudio sistemático de las condiciones de la sociedad francesa del periodo de entreguerras que llevaron a la segunda guerra mundial. A la par de este interés, digamos primario, se añadía otro que, para el caso francés, por ejemplo, involucra mirar al pasado inmediato, esto es, las guerras poscoloniales

---

Einstein de lo que en realidad era. Tampoco creemos en una relación causa-efecto mecánica. Lo que resulta relevante destacar son las aristas generadas en este contexto histórico preciso por los tres ámbitos específicos de la acción humana (ciencia y economía principalmente, y en menor medida la política); como tales, estas aristas nos ofrecen nuevos ángulos de visión y posibilidades abiertas. ¿Acaso la historia contemporánea, entendida como época, no obtiene su reconocimiento como el último periodo legítimo de la historia precisamente en estos años? ¿La aparición de la posmodernidad como teoría articulada a partir de nuestra noción de contemporaneidad, acaso no es producto de una de estas aristas? ¿La crisis de las teorías estructurales en las ciencias sociales en la década de los ochenta del siglo XX no son resultado de los nuevos ángulos trazados cincuenta años antes? ¿La microhistoria se genera espontáneamente?

como Indochina (Vietnam) y Argelia, además de dar respuestas a la insatisfacción de la nueva generación que se rebela en 1968.

Siguiendo a este caso como prototipo, su experiencia nos indica la operación de la lógica de identificar los grandes cambios que dan motivo para pensar en datar el nuevo periodo histórico que abarca el presente contemporáneo. La fundación del Institut d'Historie du Temps Présent (IHTP) en 1978 (Bédarida, 1998)<sup>8</sup>, con el auspicio del Estado francés, no sólo marca el inicio de operaciones de una nueva institución, también nos indica un proceso de institucionalización de una práctica historiográfica diferenciada, en buena medida de otras del mismo corte historiográfico, con las cuales comparte principios y valores epistemológicos. El IHTP como institución pionera en sus objetivos y aspiraciones de producir un conocimiento específico muestra el recorrido que siguieron los parámetros de investigación (ver Bernecker, 1998: 22-25 para el caso alemán y Aróstegui, 2004: 24, para el caso inglés).

Originalmente existía la presión por estudiar, desde el punto de vista nacional, las causas que habían llevado a la segunda guerra mundial, así como sus consecuencias. Sobresale el establecimiento de una agenda que determina las líneas y temas de investigación para entender la preguerra; posteriormente, y sin dejar dichos temas, se abordan los propios de la posguerra, como la descolonización y las manifestaciones culturales posteriores al 68.<sup>9</sup> Si bien resulta evidente el imperativo político por estudiar el presente, esto no explica la naturaleza conceptual de esta práctica historiográfica.

En estos años de iniciación, la naturaleza de la HTP se encuentra en su condición de novedad frente al canon establecido de estudiar el pasado remoto. El imperativo político por estudiar el presente, sin embargo, no se puede concebir como el reconocimiento de un vacío o la inexistencia de estudios disciplinarios para atender al llamado; las ciencias sociales tradicionalmente habían cubierto la historia reciente sin necesidad de justificar la naturaleza de su enfoque. Lo que resulta novedoso es el giro de una parte de la disciplina dedicada a la historiografía por ampliar su campo de atención y competir con las ciencias sociales.

Es esta característica, es decir, los modos de su inserción para atender al presente, es lo que nos lleva a observar que la primera etapa de la HTP, tiene preocupaciones de método en dos niveles, uno al interior de la propia disciplina y el otro en su competencia con las ciencias sociales por hacerse de un espacio. La división, sin embargo, termina por confluir en un punto medular para toda disciplina social en torno a las bases documentales de la investigación, pero sin poner en duda la forma en cómo se construye el hecho historiográfico. Como tiene “vedado” por una decisión política el acceso al documento tradicional del archivo, la HTP tiene que reconstruir su método para dar cabida a una nueva noción de documento, en este caso el testimonio del testigo de los hechos, sin caer con otras técnicas similares como la observación participante de la antropología, o la encuesta y la entrevista de la sociología y la ciencia política.

---

<sup>8</sup> Otros centros similares están en Gran Bretaña, Centre for Contemporary British History (1986), como rama de The Institute of Historical Research (IHR) y se diferencia del Institute of Contemporary British History. En Alemania el Institut für Zeitgeschichte (Instituto de Historia del Tiempo Presente) con sede en Munich es fundado en los mismos años que su similar francés y al desaparecer la República Democrática Alemana (RDA) se organiza el Zentrum für Zeithistorische Forschung (Centro de Investigación del Tiempo Presente) en Potsdam (1992) con académicos sobrevivientes de la Academia de Ciencias de la RDA.

<sup>9</sup> En un balance de la actividad del IHTP, se observa el vínculo con los diferentes contextos nacionales y cómo éstos son los que dan sentido a la práctica: “Los historiadores alemanes y austriacos buscan como nosotros [los franceses], su camino, a la vez en el dominio de la metodología y en los sectores de investigación a profundizar. [También se detectan] [...] las diferencias reales que aparecen en las estructuras de investigación, en los centros de interés y en algunos métodos” (Cuesta Bustillo, 1983: 235).

Encontrar un nicho le permite justificar al interior de la disciplina su diferencia operativa de método y, al mismo tiempo, participar del canon establecido al equiparar el uso de testimonios con el de documentos. La historia oral, derivada de las preocupaciones por fundamentar el presente, se exhibe como la práctica más disciplinaria de la HTP. Los propios acontecimientos traumáticos de la segunda guerra mundial, en específico el holocausto, propician el uso de este instrumento, primero como prueba positiva en los juicios de Núremberg, y posteriormente como testimonio convertido en documento que debe preservarse como *memoria*<sup>10</sup>.

El primer tramo del desarrollo de la HTP está ligado a la construcción y preservación del testimonio como necesidad de la política en los puntos conflictivos del pasado, pero también en la celebración o conmemoración promovida por el Estado. Asimismo, se hace evidente que la naturaleza de la HTP está ligada al uso de su método (la historia oral) y su principal producto (la memoria) sin las cuales no puede justificar, todavía, su legitimidad como práctica disciplinaria cabalmente aceptada. Para ello, se requiere ir más allá de la declaración de principios donde se deslinda de los periodos históricos, incluido el contemporáneo, como condición necesaria para enunciar su independencia conceptual. Los trabajos más propositivos a favor de la HTP insisten en este punto. François Bédarida señala que así como la historia contemporánea es completamente diferente a la de cualquier otro periodo, lo mismo sucede para la HTP, su propia noción de tiempo flexible en la medida que sigue corriendo hace que su naturaleza sea diferente a sus contrapartes historiográficas centradas en el tiempo histórico pasado, que por definición es inmóvil y cerrado. Incluso, esto es un inconveniente para la historia contemporánea, pues en la medida que transcurre el tiempo se le plantea un problema de definir sus límites en cuanto el presente siempre es un horizonte que se aleja. La transitoriedad del tiempo es su naturaleza misma en cuanto presente, pero en cuanto pasado histórico no. Esa paradoja es compartida por la historia contemporánea y la HTP: ambas son transitorias, una más que otra, en la medida que su espacio de experiencia se aleja.

La demarcación del periodo contemporáneo permite, por un lado, diferenciarlo del tiempo presente y, por otro, compartir el método de consulta documentalista en el ejercicio de este tipo de historiografía. Es decir, en la medida que el historiador de lo contemporáneo acepta “cerrar” el tiempo del periodo para tener perspectiva –por ejemplo, dejar pasar diez, veinte o treinta años del hecho o del presente–, admite el paradigma de la historia como pasado cerrado, y con él, todas las implicaciones del método historiográfico de la práctica disciplinaria más ortodoxa centrada en la hermenéutica documentalista del archivo como la gran fuente para construir a la historia. Esta es la razón por la cual la práctica historiográfica de lo contemporáneo no puede mantener su equivalencia con el presente y donde la HTP reclama un espacio diferenciado tanto dentro de la disciplina historiográfica como respecto a las ciencias sociales. En el momento de la inauguración del Instituto de Historia del Tiempo Presente (IHTP), Bédarida señala que: “La mayor innovación de esta empresa la constituye la interacción entre el pasado y el presente” (citado por Sauvage, 1998: 60), lo que lleva a recordar la consigna de Marc Bloch: “entender el presente por el pasado y, lo que, es más, el pasado por el presente” (Bloch, 1952).

La distinción normativa del tiempo deviene en diferenciación conceptual en tanto práctica, pues si bien la HTP puede compartir algunas de las normas metodológicas de

---

<sup>10</sup> La historia oral como tal no tiene su origen metodológico en la preocupación política del holocausto, pero sí en la necesidad de preservar los testimonios, de allí su uso; de hecho, la historia oral aparece como una herramienta derivada de la biografía como género narrativo. El otro ámbito donde se desarrolla esta noción, a la cual el historiador del tiempo presente no es ajeno, es el museo dedicado a la memoria. Las experiencias autoritarias durante la guerra fría y las posteriores transiciones a la democracia, en unos casos, y como procesos de paz en otros, reivindicaron la memoria como una política propia de la transición.

investigación con respecto a la práctica canonizada de la historiografía, incluida la parte documental cuando es posible, también se hace evidente la diferencia normativa del tiempo. Para la práctica de la HTP, el tiempo se encuentra en transición permanente, es decir, que no es posible “cerrarlo” como periodo histórico.

Esta característica nos lleva al mayor problema de legitimidad científica de la HTP, visto desde la práctica historiográfica basada en el tiempo cerrado, y afianzado en la perspectiva o distanciamiento como valor de objetividad y certeza. Como el historiador no puede disociarse ni distanciarse de su objeto de estudio, entonces, tiene poco que decir al respecto pues siempre compite en desventaja por la determinación de la perspectiva; sin embargo, al redefinir su práctica historiográfica fuera de ese canon abre la posibilidad de construir con otros criterios de método el acontecimiento, acorde con la definición del tiempo que le atañe y estudia. Ha corrido mucha agua desde el debate posestructuralista de las disciplinas sociales, pero es allí donde hallamos la nueva lógica del método y su orientación que recalca en la renovación de la historiografía: la presencia del historiador no es un obstáculo para hacer visible un acontecimiento, hecho o proceso histórico del presente, por el contrario, es a partir de su presencia que éste tiene legibilidad para su propio tiempo. En ese sentido, Barraclough (1976: 41) define el papel del historiador del presente como la capacidad para “dictaminar un panorama más amplio del que contemplan sus contemporáneos, corregir sus perspectivas y atraer su atención sobre ciertos síntomas cuyo alcance a largo plazo no es extraño que se escape su percepción”. Admite, sin embargo, que este esfuerzo no deja de ser, forzosamente, “hipotético y especulativo” pues la evolución de los acontecimientos desbordan “hasta al más meticuloso de los investigadores” (Barraclough, 1976: 43). Como producto del tiempo presente, el debate posmoderno acaba con el dilema de la objetividad y sus límites, pues al igual que el debate científico de la mecánica cuántica en la física, coincide en la superación de la perspectiva como medida absoluta de veracidad. La relación con el objeto de estudio no contamina la construcción imparcial porque ésta es sólo una ilusión cognitiva. Las disciplinas contemporáneas se realinean sin la necesidad de un absoluto que las cohesione y con una perspectiva relativista se reconoce el valor de cada parte.

### **Colofón: Historia contemporánea y/o historia del presente, el caso de México**

La tradición historiográfica profesional en México es relativamente corta. Su desarrollo corre paralelo a la consolidación del sistema de educación superior en México primero con la creación de la Universidad Nacional en 1910 y su readecuación como institución autónoma en 1929, así como la creación de un sistema de universidades públicas autónomas en los estados de la república, herederas de los institutos científicos y literarios fundados en el siglo XIX, y de la transición del Museo Nacional al Instituto Nacional de Antropología e Historia, donde se considera la formación de profesionales como parte de sus funciones. El ejercicio de la práctica historiográfica, propio del siglo XIX, había sido ejercido por la tradición erudita enfocado al rescate de las fuentes documentales del pasado lejano, tanto prehispánico como novohispano. La formación del Estado nacional mexicano, por otro lado, estimula las obras de interpretación que justifican al liberalismo triunfante, juarista, porfirista y maderista-constitucionalista, como la conclusión inevitable del presente histórico en el siglo XX.

La revolución mexicana aparece, entonces, como el tiempo contemporáneo que permite explicar a la historia nacional en sus tres ciclos esenciales: prehispánico, novohispano e independiente, y al mismo tiempo, revelar el siglo XX como resultado de aquella. A este contexto se debe la formación de los profesionales de la historia en México desde sus inicios, al igual que su evolución futura en lo que resta del siglo XX. En buena medida, la tradición

historiográfica se relaciona con el presente contemporáneo, incluso en su polo negativo como reacción en contra de él y su refugio en el pasado novohispano y prehispánico como prácticas disciplinarias<sup>11</sup>. El proyecto nacional del Estado posrevolucionario mexicano requiere, entonces, de la participación de los profesionales de la historia formados en el sistema de educación superior para darle forma al presente como realidad palpable de la revolución<sup>12</sup>. Al mismo tiempo, la revolución se convierte en el núcleo mismo de la contemporaneidad mexicana, como periodo posrevolucionario y luego institucional marcado por la figura de cada presidente de la república en turno de cada seis años de presidencia. Es tal el peso de esta dinámica que la historia política se divide en sexenios, o sea, por cada periodo presidencial.

Tanto la historiografía contemporánea como sus contrapartes de las ciencias sociales, comparten el estudio de las etapas que caracterizan el camino de la contemporaneidad mexicana del siglo XX, éstas van de los problemas del desarrollo de una sociedad en transición a los de una sociedad inserta a las dinámicas internacionales propias de la sociedad contemporánea global posterior a la guerra fría. En ese sentido, destaca la transformación del Estado mexicano y su modelo de desarrollo, ahora centrado en el fomento al mercado liberal como la única política económica que integra plenamente al país a la dinámica internacional vigente y en los modelos de transición política hacia la democracia, principalmente como sistema electoral de partidos. Las dinámicas y transformaciones del sistema político mexicano de la posrevolución y su institucionalización, por otra parte, coinciden con las mutaciones internacionales del periodo; su vigencia está marcada con el fin de la contemporaneidad de la guerra fría y la apertura de una nueva época. Si 1989 significa el fin de una contemporaneidad internacional, para México trae cambios profundos en la manera en cómo se había construido su historia contemporánea: el referente que explica el núcleo del periodo, la revolución, desaparece como discurso historiográfico en la medida que el sistema político que justifica va perdiendo vigencia ante una sociedad con mayores expectativas producidas por la estrategia basada en el mercado liberal. Resulta evidente que, en estos años de transición, el sistema político mexicano se deslegitima –entre otras cosas– ante la falta de un discurso historiográfico que justifique su existencia, pero esto afecta no sólo al partido dominante sino a los viejos y nuevos partidos de oposición que no pueden alzarse con la legitimidad de los nuevos tiempos en la medida que la política ya no articula esta representación.

La historia contemporánea en México siempre ha tenido un espacio institucional para su desarrollo, tanto en la docencia como en la investigación; su lugar en las diversas estructuras académicas de la educación superior no ha sido puesto en duda. Sin embargo, este camino no ha sido exclusivo del campo historiográfico como tal, desde el inicio mismo de su profesionalización la historia disciplinaria tiene que compartir el campo con la historia de las ideas –derivada como ejercicio historiográfico de la filosofía– y con el conjunto de ciencias sociales que disputan a la historia la exclusividad de interpretar tanto el pasado inmediato como el presente nacional. En el primer caso incluso nace una subdisciplina, los Estudios Latinoamericanos, que rápidamente se identifica con desarrollos historiográficos regionales propios de su campo de estudios; en el caso de las ciencias sociales, su proceso ha sido pocas

---

<sup>11</sup> Al respecto es notable observar que el gran debate de los primeros tiempos de la profesionalización historiográfica es entre el historicismo alemán –trasplantado desde Europa por los filósofos e historiadores transterrados de la república española en México– contra la tradición erudita que para entonces se identifica como resabio de positivismo, privativo del régimen anterior porfirista. Nuestro debate no pasa por la pertinencia o no de la historia contemporánea sino por los métodos que permiten la objetividad de la práctica disciplinaria. Más adelante, incluso, los nuevos debates no traspasaron este marco.

<sup>12</sup> El ejemplo más acabado de esta tendencia sigue siendo *La historia de la revolución mexicana* bajo la dirección de Daniel Cosío Villegas y editada por El Colegio de México en 23 tomos. Abarca el periodo de 1910 a 1960 y se hizo con el objetivo de mostrar la historia contemporánea de México como producto de la revolución.

veces alterado por la historiografía, pese a los llamados de colaboración entre ambas desde la década de 1970 con la orientación interdisciplinaria. En ambas tradiciones, no existe la distinción entre tiempos, el presente y el contemporáneo, y hasta hace relativamente poco, la historiografía contemporánea era sinónimo de tiempo presente para los historiadores, mientras que, para sociólogos y antropólogos, por ejemplo, no es necesario hacer tal distinción.

El debate internacional en torno a la HTP ha calado de diferentes maneras en México. Sin duda que la influencia de las escuelas europeas no pasa en balde, sobre todo la francesa y la inglesa. Si bien la introducción de la distinción entre historia contemporánea e historia del tiempo presente puede explicarse por la influencia de dichas escuelas en la comunidad historiográfica mexicana, su aparición también coincide con el fin de la necesidad del Estado nacional por justificar su existencia a partir de la experiencia revolucionaria de 1910. La aparición de nuevas narrativas que cuestionan este canon es el signo más visible de los nuevos aires que tocan a la historiografía mexicana en general, y en particular a la que atañe al periodo contemporáneo; no se trata, sin embargo, de plantear un nuevo paradigma como se viene desarrollando en Francia con el IHTP y la historiografía específica que va produciendo. En México, su característica está en los tipos de práctica historiográfica que se presentan de manera diferenciada. Por un lado, aparece la historia oral como un ejercicio específico disciplinario más cercano a la HTP y, por otro, la investigación de interpretación del proceso contemporáneo (mexicano y latinoamericano) más involucrado con un tipo específico de ciencias sociales volcado al conocimiento como acción política para la transformación social.

Para la segunda mitad de la década de 1970, el concepto de historia inmediata aparece en la historiografía mexicana con la obra coordinada por Pablo González Casanova (1977, 2v)<sup>13</sup>, dedicada a la historia contemporánea de América Latina. En ella, se establece el esfuerzo por hacer un nuevo tipo de historiografía donde se concilien los objetivos y tareas disciplinarias entre la historia y las ciencias sociales, ya que: “Por lo común los historiadores no se ocupan de la historia inmediata. Los sociólogos y politólogos, tampoco. Unos se quedan tradicionalmente en el pasado lejano. Otros, consideran que su tarea no es la del historiador. El vacío ha quedado en parte cubierto. Y será cubierto cada vez más en los próximos años” (González Casanova, 1977: VII).<sup>14</sup> El fomento a este tipo de estudios se extiende en los siguientes años, aparecen colecciones y nuevos títulos dedicados a la historia inmediata como vaticinaba González Casanova en su presentación, sin embargo, y a diferencia de la experiencia europea, el esfuerzo sistemático no desemboca en la creación de un centro de investigación específico en historia inmediata o contemporánea. Por ejemplo, la patrocinadora de la historia de medio siglo, la Universidad Nacional Autónoma de México, mantiene esta actividad en los confines institucionales ya establecidos como los institutos de investigaciones sociales e históricas; incluso las nuevas entidades, dentro de la misma institución, enfocadas a la historia social de lo inmediato ni por asomo incorporan el adjetivo tiempo presente.

A la par con la interpretación de los procesos sociales e históricos contemporáneos como práctica de una parte de la ciencia social, también se cultiva la historia oral como actividad específica de los historiadores cuyo interés está en el presente. Curiosamente, desde muy temprano la historia oral aparece en el horizonte historiográfico mexicano como urgencia política del rescate y conservación de los testimonios de los participantes de la revolución de

<sup>13</sup> Estamos a más de cuarenta años de su aparición, lo cual indica que los términos del debate no son del todo novedosos o al menos coinciden con la fundación del IHTP francés y sus objetivos.

<sup>14</sup>En esos años, Siglo XXI Editores (México), por ejemplo, inicia su colección de Historia Inmediata donde se incluyen estudios nacionales de los países de América Latina con el subtítulo de *Hoy*, lo mismo que de Japón y Estados Unidos.

1910, cuando el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) organiza dentro de la dirección de investigaciones históricas el Archivo Sonoro en 1959. A partir de esta instancia podemos observar una producción dedicada al rescate y resguardo del testimonio de los participantes del hecho revolucionario. Junto a ella, la historia oral se desarrolla como ejercicio historiográfico propio, con objetivos diferenciados a su encomienda inicial, al asimilar las aportaciones que las escuelas historiográficas norteamericana, francesa e inglesa realizan para la historia social, en específico la construcción de nuevos sujetos sociales al darle voz a los excluidos de la narrativa historiográfica tradicional.<sup>15</sup>

Como podemos observar, en México existen y conviven prácticas diferenciadas que comparten un periodo historiográfico, entendido como historia contemporánea más que historia inmediata o del presente. Sin embargo, esto no implica, necesariamente, compartir un método o paradigmas epistemológicos en relación a la definición del tiempo histórico del presente, como sucede en el caso francés. Esa discusión o debate no ha llegado a la comunidad interesada en este tema, llámese historiadores o científicos sociales; tampoco se aprecia un eco por diferenciarse de la historia periodo para definir al presente como temporalidad histórica sin más. El caso mexicano se caracteriza por operar sin la necesidad de un marco institucional específico, llámese instituto o centro de estudios en historia contemporánea o del tiempo presente; hasta el momento, la estructura establecida en el génesis de su profesionalización ha dado cabida a las diversas prácticas específicas que se han ido incorporando al hacerse más plural y diversificada dicha actividad. Pese a esta falta de formalizar un espacio institucional exclusivo para la historia inmediata o del presente, la práctica se ha establecido en diversas instancias de formación de posgrado (maestrías y doctorados) y de investigación como los ya mencionados institutos de la UNAM<sup>16</sup>, así como otros de carácter interdisciplinario y temático. La misma tendencia se observa en otras instituciones de educación superior del país. Faltaría precisar por medio de estudios específicos del sistema de educación superior mexicano, los programas docentes dedicados a la historia contemporánea y del tiempo presente como tal. En términos generales, los programas tradicionales en historia mantienen un espacio dedicado a lo contemporáneo e incluso al tiempo presente sin restricción alguna. Sin embargo, se requiere precisar con estudios empíricos tanto el porcentaje como los programas concretos para mostrar la verdadera dimensión de la práctica específica de la HTP en México.

## **Epílogo**

Más que enunciar una serie de conclusiones relativas a la pertinencia y o vigencia de la propuesta metodológica de la historia contemporánea y su vínculo con la HTP, quisiera señalar algunas reflexiones que considero parte del debate que debemos afrontar en tanto comunidad epistémica. Pese a todo, incluyendo la postura posestructural o posmoderna, el tema no deja de ser un debate disciplinario. En ese tenor, es importante señalar que la consolidación de la historia contemporánea y por extensión la HTP, como práctica historiográfica nos muestra, a su vez la construcción de un nuevo canon historiográfico, igual de válido que su antecesor, construido a partir del estudio del pasado. La institucionalización en las estructuras académicas

---

<sup>15</sup> Podemos señalar dos obras que comparten estas preocupaciones, una de corte académico (James y Edna Wilkie, 1965); la otra nacida del ejercicio de la crónica periodística pero que contribuye enormemente a la difusión de la idea de darle voz a los sin voz (Poniatowska, 1971). Paralelamente, en 1970 aparecen publicadas las primeras recopilaciones del Archivo Sonoro del INAH iniciado en 1959. Los talleres de formación técnica en historia oral son otro indicador de la consolidación y pluralidad de la práctica.

<sup>16</sup> El Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM alberga al Seminario de Historia del Presente, el cual organiza en octubre de 2013 el Coloquio para la Historia del Presente en México. Dicho seminario mantiene actividades regulares, lo cual muestra un interés en la práctica específica de este tipo de historiografía.

de enseñanza –del ciclo básico a su cúspide en los estudios de posgrado– tanto de la historia contemporánea como la HTP es un reconocimiento como campo historiográfico con el efecto que esto trae para el conjunto de prácticas que dan fisonomía a la disciplina.

Al mismo tiempo, las mutaciones en los paradigmas y sus efectos en las prácticas específicas, ya no pueden verse únicamente desde la lógica disciplinaria misma. El conocimiento contemporáneo se relaciona con la revolución que significa, todavía hoy, la Teoría General de la Relatividad y los postulados de la mecánica cuántica a inicios del siglo XX. El universo, y por ende nuestra concepción de la naturaleza de las cosas, deja de ser definitivamente un campo de los teólogos y filósofos para convertirse en materia de la nueva ciencia. No es exagerado decir que el siglo XX es producto de la relatividad y del *quantum*, y con ello, que nuestra contemporaneidad se define cada vez más con valores (relativos) científicos. El conocimiento emanado de las ciencias sociales asimila esta revolución y, a su vez, abandona las pretensiones absolutas propias del modelo nomotético que había justificado su constitución como disciplinas científicas. La historia, por su parte, no se queda atrás, se adapta a los cambios y genera un nuevo modelo –que a su vez engendra otro– acorde al siglo relativista y cuántico. La aceptación de la historia contemporánea primero, y de la HTP después, como campos específicos de una disciplina tenemos que empezar a verlos como adaptaciones y sintonías acordes con la revolución del conocimiento científico y su nuevo modelo de representación. En este sentido, tanto la historia contemporánea como la HTP son producto de la última experiencia moderna de la humanidad. Por tanto, deben asimilarse como representaciones relativas de un tiempo histórico específico, que, por la propia naturaleza del mismo, siempre es transitorio.

## Bibliografía

Aróstegui, Julio (2004): *La historia vivida. Sobre la historia del presente*, Alianza Editorial, Madrid.

Aróstegui, Julio (1988): “Historia y tiempo presente, un nuevo horizonte de la historiografía contemporánea”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, Núm. 20, pp. 15-18.

Barraclough, Geoffrey (1976): *Introducción a la historia contemporánea*, 3ª reimpresión, Gredos, Madrid.

Bédarida, François (1998): “Definición, método y práctica de la historia del presente”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, Núm. 20, pp. 19-27.

Bernecker, Walther L. (1998): “La investigación histórica del tiempo presente en Alemania”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, Núm. 20, pp. 83-98.

Bloch, Marc (1952): *Introducción a la Historia*, Fondo de Cultura Económica, México, D.F.

Cuesta Bustillo, Josefina (1983): “La historia del tiempo presente: estado de la cuestión”, *Historia contemporánea*, Núm. 1, pp. 227-241.

Díaz Munizaga, Diego Miguel (2013): “La historia del tiempo presente. Breve revisión a la disciplina del estudio histórico de las dinámicas de la sociedad actual”, *Revista Abordajes*, Volumen 1, Núm. 2, Segundo Semestre, pp. 5-29.

Fazio Vengoa, Hugo (1998): “La historia del tiempo presente: una historia en construcción”, *Historia Crítica*, Núm. 17, julio-diciembre, pp. 47-57.

Garay, Graciela de (2007): “¿Por qué estudiar la historia del tiempo presente?”, en Graciela de Garay (Coordinadora), *Para pensar el tiempo presente. Aproximaciones teórico-metodológicas y experiencias empíricas*, Instituto Mora, México, D.F.

González Casanova, Pablo (Coord.) (1977): *América Latina Historia de medio siglo*, Instituto de Investigaciones Sociales UNAM Siglo XXI Editores, México, D.F., 2v.

Higgs, John (2016): *Historia alternativa del siglo XX*, Taurus, México, D.F.

Iggers, Georg G. (2012): *La historiografía del siglo XX*, Fondo de Cultura Económica, Santiago de Chile.

Johnson, Paul (2000): *Tiempos modernos. La historia del siglo XX desde 1917 a nuestros días*, Javier Vergara Editor, Barcelona.

Oliveira, Itamar F. (2015): “La historia del tiempo presente en revistas especializadas brasileñas (2007-2014)”. *Intelligere, Revista de História Intelectual*, vol. 1, nº1, pp. 46-57.

Pacheco Méndez, Teresa (2012): “La Historia del presente inmediato en el contexto del debate epistemológico de las ciencias sociales”, *LudusVitalis*, vol. XX, Núm. 37, pp. 85-96.

Poniatowska, Elena (1971): *La noche de Tlatelolco*, Era, México, D.F.

Sauvage, Pierre (1998): “Una historia del tiempo presente”, *Historia Crítica*, Núm. 17, julio-diciembre, pp.59-70.

Soto Gamboa, Ángel (2004): “Historia del presente: estado de la cuestión y conceptualización”, *Historia Actual Online*, Núm. 3, invierno, pp. 101-116.

Toro Blanco, Pablo (2008): “Historia del tiempo presente y necesidad de distancia en el tiempo: notas exploratorias para un entrelazamiento posible”, *Revista de Humanidades*, Vol. 718, junio-diciembre, pp. 35-50.

Wallerstein, Immanuel (Coord.) (1996): *Abrir las ciencias sociales*, 4ª edición, Siglo XXI Editores, Centro de Investigación Interdisciplinarias en Humanidades UNAM, México, D.F.

Wilkie, James W. y Edna Monzón de Wilkie (1969): *México visto en el siglo XX. Entrevista de historia oral*, Instituto Mexicano de Investigaciones Económicas, México, D.F.